

LA ISLA UTRÖST (Cuento de otoño)

2º-3º

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han memorizado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.

En Vaerön, cerca de Röst, vivía una vez un pobre pescador llamado Isaak. No tenía más que un bote y un par de cabras, que su mujer alimentaba precariamente con restos de pescado y con la hierba que podían recolectar en las montañas cercanas; pero su cabaña estaba llena de hijos hambrientos.

A pesar de todo, siempre estaba contento con lo que Dios le había destinado. Lo único que lo afligía era no poder vivir en paz con su vecino.

Este era un hombre rico que se creía en la obligación de tener todo mejor que un mendigo como Isaak, y por eso quería que Isaak se fuera, pues deseaba apropiarse del lugar de atraque frente a su cabaña.

Un día, Isaak había salido a pescar unas cuantas millas mar adentro cuando, de repente, se levantó una densa niebla, y en ese mismo momento estalló una tormenta tan violenta que tuvo que arrojar todos sus peces por la borda para aligerar el barco y salvar su vida. Aun así, era muy difícil mantenerlo a flote; pero hábilmente maniobró entre las olas gigantescas, que en cualquier momento podrían tragárselo.

Después de navegar así durante cinco o seis horas, pensó que debería tocar tierra en algún lugar. Pero el tiempo pasaba, y la tormenta y la niebla empeoraban. Entonces comenzó a darse cuenta de que se dirigía hacia mar abierto o que el viento había cambiado, y finalmente notó que así era, pues navegaba y navegaba sin ver tierra por ninguna parte.

De pronto, escuchó un grito espantoso proveniente de la proa, y ya creía que era el Draug, que le cantaba el salmo fúnebre. Pero oró a Dios por su esposa e hijos, pues pensó que había llegado su última hora.

Mientras estaba allí sentado rezando, divisó algo negro a lo lejos, pero al acercarse, eran sólo tres cuervos marinos posados en un tronco flotante, y en un instante había pasado de largo. Así navegó durante mucho tiempo, y tenía tanta sed, tanta hambre y estaba tan cansado que no sabía qué hacer; la mayor parte del tiempo estaba sentado con el timón en la mano, durmiendo.

De repente, el bote encalló en la orilla y se detuvo. Entonces Isaak abrió los ojos. El sol atravesó la niebla e iluminó una tierra hermosa. Las colinas y montañas eran verdes hasta la cima, y entre las laderas había campos y praderas, y creyó percibir un aroma a flores y hierba tan dulce como nunca antes lo había sentido.

1. Mi her - mo - so bar - co, bo - ga ve - loz, ¡pá - ja - ro al vien - to, vue - la!
2. Gran - dio - sa na - ve, llé - va - nos ya has - ta lã me - ta, le - jos

Con a - pa - re - jos que con vi - gor, rá - pi - do tú na - ve - gas:
por ven - da - val en la tem - pes - tad, por los ves - ti - gios vie - jos:

to - do a ba - bor, to - do a es - tri - bor en el vai - vén me lle - nas

de sol y al - bor, de a - gua y fres - cor con a - le - grías y pe - nas. pe - nas.

<https://ideaswaldorf.com/canto-a-mi-barco/>

—¡Gracias a Dios, ahora estoy a salvo, esto es Utröst! —se dijo Isaak para sí.

Justo frente a él había un campo de cebada con espigas tan grandes y llenas como nunca había visto, y a través del campo de cebada serpenteaba un estrecho sendero que subía hasta una cabaña de tierra cubierta de turba verde, situada sobre el campo; en el techo de la cabaña pastaba una cabra blanca con cuernos dorados y unas ubres tan grandes como las de la vaca más hermosa. Frente a la puerta, un hombrecillo vestido de azul estaba sentado en una silla de madera, fumando una pipa; tenía una barba tan larga que le llegaba hasta el pecho.

—“Bienvenido a Utröst, Isaak —dijo el hombre.

—“Dios te salve, padrecitocito” —respondió Isaak—. “¿Me conoces?”

—“Puede ser” —dijo el hombre—, “¿quieres quedarte a pasar la noche?”

—“Eso estaría bien, padrecito” —contestó Isaak.

—“Es un problema con mis hijos, no soportan a los cristianos —dijo el hombre—. “¿No te los has encontrado?”

—“No, no me he encontrado con nada más que tres cuervos marinos posados en un tronco, graznando” —respondió Isaak.

—“Sí, esos eran mis hijos” —dijo el hombre mientras golpeaba su pipa para limpiarla—.

“Ahora, entra un momento; supongo que tendrás hambre y sed”

—“Con tu permiso, padrecito” —dijo Isaak.

Pero cuando el hombre abrió la puerta, el interior era tan hermoso que Isaak no podía creer lo que veía. Nunca había visto algo así. La mesa estaba cubierta con los platos más exquisitos: crema, pescado rojo, carne de venado, bolas de hígado con jarabe, queso, montones de galletas,

aguardiente, cerveza, hidromiel y todo tipo de delicias. Isaak comió y bebió con todas sus fuerzas, pero su plato nunca se vaciaba, y por mucho que bebiera, su vaso siempre estaba igual de lleno.

El hombre comió poco y habló menos; pero de repente escucharon gritos y alboroto afuera, y entonces salió. Al rato, regresó con sus tres hijos; Isaak tembló por dentro cuando entraron por la puerta, pero fueron muy amables y cariñosos, y le dijeron que siguiera sentado y que bebiera con ellos, pues Isaak se había levantado y quería alejarse de la mesa; dijo que ya estaba satisfecho. Pero cedió, y bebieron trago tras trago, entre sorbos de cerveza o hidromiel; se hicieron buenos amigos y se llevaron muy bien, y le propusieron a Isaak que saliera a pescar con ellos para que tuviera algo que llevarse cuando volviera a casa.

La primera vez que salieron, fue durante una tormenta terrible. Uno de los hijos estaba al timón, el segundo en la proa y el tercero en el centro, y Isaak tuvo que manejar un gran cubo para achicar agua, hasta quedar empapado en sudor. Navegaban como locos. Nunca arriaban las velas, y cuando el bote se llenaba de agua, bailaban sobre las crestas de las olas y volvían a bajar, haciendo que el agua salpicara como una cascada. Al cabo de un rato, la tormenta amainó, y comenzaron a pescar. Había tantos peces que el plomo no podía atravesar los montones de peces bajo ellos. Los hijos de Utröst sacaban peces uno tras otro; Isaak también era hábil, pero había llevado su propio equipo de pesca, y cada vez que un pez picaba, se soltaba, así que al final no había atrapado ni uno. Cuando el bote estuvo lleno, regresaron a Utröst, y los hijos prepararon los peces y los colocaron en los estantes.

Mientras tanto, Isaak se quejó con el padrecito de su mala suerte. El hombre le prometió que la próxima vez le iría mejor y le dio unos anzuelos, y la siguiente vez que salieron a pescar, Isaak sacó tantos peces como los demás, y cuando volvieron, tres estantes llenos de peces eran suyos.

Finalmente, Isaak sintió nostalgia de su hogar, y cuando decidió partir, el hombre le regaló un nuevo bote de pesca lleno de harina, aparejos y otras cosas útiles. Isaak le dio las gracias repetidamente, y el hombre lo invitó a volver cuando comenzara la temporada de navegación, pues él iría con una carga en el segundo "Stevne" a Bergen, e Isaak podría acompañarlo y vender sus peces allí.

Isaak aceptó encantado y preguntó qué rumbo debía tomar si quería volver a Utröst.

—*"Sólo sigue al cuervo marino cuando vuele mar adentro, y tendrás el rumbo correcto"* — dijo el hombre—. *¡Buena suerte en tu viaje!*

Pero cuando Isaak estaba en camino y miró hacia atrás, ya no vio Utröst; no vio nada más que el mar a su alrededor.

Cuando llegó el momento, Isaak se unió a la partida del barco. Pero nunca había visto un barco como ese; medía dos gritos de largo, de modo que el remero no podía oír al timonel, que estaba en la proa, cuando le gritaba algo. Por eso habían colocado a otro hombre en el centro del barco, junto al mástil, que repetía el grito del timonel al remero, y este también tenía que gritar con todas sus fuerzas.

La parte de Isaak la colocaron en la proa del barco; él mismo tomaba los peces de los estantes, pero no podía entender cómo era que, por mucho que sacara, siempre aparecían más peces, y cuando partió, los estantes estaban tan llenos como al principio.

Cuando llegó a Bergen, vendió sus peces y obtuvo tanto dinero que pudo comprarse un nuevo barco con todo su equipo, carga y todo lo necesario, pues el vendedor se lo recomendó.

Tarde en la noche, cuando estaba a punto de zarpar, el hombre se acercó a bordo y le dijo que no olvidara a los que vivían cerca de su vecino, pues él mismo había muerto, y luego le deseó suerte y bendiciones para el barco.

—*“Todo está bien, y todo lo que se eleva en el aire se mantiene firme”*

dijo, queriendo decir que había alguien a bordo que nadie veía, pero que sostenía el mástil con su espalda cuando era necesario.

Desde entonces, Isaak siempre tuvo buena suerte. Sabía de dónde venía y nunca olvidó hacer algo bueno por aquel que velaba en invierno cuando sacaba el barco a tierra en otoño. Y cada víspera de Navidad, el barco brillaba y resplandecía, y se escuchaban violines, música, risas y bullicio, como si hubiera una fiesta en el barco abandonado.

Aportación de La Comunidad de Cristianos